

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCION OFICIAL

El próximo domingo, día 6 del corriente, á las 5 de la tarde, la ACADEMIA CALASANCIA celebrará en el salón de actos de este Colegio, una sesión pública literario-musical, que será la de clausura del presente curso.

En Secretaría podrá recogerse las invitaciones.

El Presidente,
RAFAEL MARSÁ Y DRAPER.

El Secretario,
JUAN BURGADA Y JULIÁ.

Barcelona 1.º de Mayo de 1894.

Mensaje de los peregrinos y discurso del Papa

Tenemos la satisfacción de ofrecer íntegros á nuestros lectores los dos importantísimos documentos que van á continuación: uno el Mensaje de los peregrinos á Su Santidad León XIII, leído por el cardenal arzobispo de Sevilla, señor Sanz y Forés, en la Basilica de San Pedro y en presencia de la corte pontificia, y otro el discurso del Santo Padre en contestación al Mensaje de la peregrinación, leído en la misma Basilica en lengua castellana por monseñor Merry del Val, hijo del embajador de España cerca del Vaticano.

Bien se alcanza á nuestros lectores la importancia de estos documentos, de los que sólo conocíamos una ligera síntesis transmitida telegráficamente y cuya verdadera significación ha sido ó pudo ser alterada fácilmente al pasar por los hilos telegráficos.

El Mensaje del señor Sanz y Forés dice así:

Beatísimo Padre:

En presencia de Vuestra Santidad, Vicario de Cristo en la tierra, se postra hoy la España católica. Representanla los que aquí están congregados de todas sus diócesis y provincias. Obispos y clero, maestros de la juventud y discípulos, nobles, hombres de

la industria y hombres del trabajo. Estos sobre todo, porque la mayor parte pertenecen á la clase de los que comen el pan con el sudor de su rostro. Ellos en especial tienen esa representación, ya que en gran número han venido á expensas de aquellos, que no pudiendo hacerlo por sí, han dado su óbolo á los pobres, y los envían como legados suyos.

Quisieron presentarse á Vuestra Santidad durante el año feliz de vuestro Jubileo Episcopal, cuando lo verificaron los católicos de otras naciones para dar testimonio de su fé, de su firme adhesión á la Cátedra de Pedro, y de su amor filial á Vuestra Santidad, bendiciendo á Dios, que habiéndoos dado sabiduría y prudencia grande en extremo, y anchura de corazón como la arena que está en la playa del mar, os conserva con admirable vigor y fortaleza para enseñar la verdad, defender la justicia, y promover los intereses de la religión y de la sociedad.

Con harto dolor suyo no lograron entonces su deseo, y sólo les fué dado unirse en espíritu á aquellas manifestaciones. Por ello saltaron de gozo, y creció en sus pechos el ardor y el entusiasmo, cuando les fué dicho que Vuestra Santidad prorrogaba para los españoles el período de las peregrinaciones jubilares, reservando también para estos días, la solemnidad de la Beatificación del por tantos títulos Venerable Maestro Juan de Avila, Apóstol de Andalucía y gloria de España, y adelantando, para que sea cumplido el gozo, la de otro Apóstol de Andalucía, el Venerable Diego José de Cádiz, cuya memoria va acompañada de bendición en todos nuestros pueblos.

Gracias, Santísimo Padre, por esta dignación, añadida á tantas pruebas de singular amor con que honrais á nuestra patria, entre las cuales nos place recordar hoy muy reconocidos la generosa cesión del Palacio *Altemps*, hecha en uso y usufructo al Episcopado Español, para que en él pueda tener estabilidad, y prosperar rápidamente el Colegio de clérigos españoles, fundado hace poco por la industria y celo de piadosos sacerdotes, en el cual los jóvenes elegidos en cada Diócesis por sus Prelados, se dediquen bajo el amparo de Vuestra Santidad á estudios que los perfeccionen intelectual y moralmente. Venimos los últimos, pero á nadie cedemos la primacia en la fidelidad, en la adhesión y en el amor á la Sede Apostólica y á Vuestra Santidad. La historia da testimonio de la fe de España, de su acendrada devoción y amor al Supremo Pastor de la Iglesia, y de su constancia en combatir á los enemigos de la religión peleando por más de siete siglos con los sectarios de Mahoma hasta arrojarlos de su seno, por lo cual mereció llamarse la nación católica. La historia da testimonio también de que por esto le concedió Dios ser patria de grandes héroes, de sabios célebres en el mundo entero, y de admirables santos, entre los cuales se cuentan los que Vuestra Santidad eleva estos días al honor de los altares.

Hijos de aquellos son, Beatísimo Padre, los que hoy se postran ante Vuestra Santidad. Heredaron su fe, heredaron su amor á la Iglesia, y su celo por la religión y la patria. Lloran con dolor profundo que en ésta se haya abierto la puerta al error y á la herejía, y no se conserve en toda su entereza la unidad católica mantenida desde el Concilio III de Toledo y el reinado del gran Recaredo: lloran que elementos de discordia se hayan introducido entre los hijos de España, y anhelan llegue pronto el día en que desaparezcan, para que siendo todos un corazón y una alma con una misma fe, un solo labio y una misma y única aspiración, recobre la nación amada su esplendor y su grandeza. Resueltos están á procurarla en la medida de sus fuerzas, y sobre todo con su proceder sinceramente católico.

Como no hacerlo? Hijos vuestros son, Santísimo Padre, y por lo tanto dóciles á vuestras enseñanzas. Dios os ha constituido maestro de la verdad y doctor de la justicia, y han llenado los ámbitos de la tierra vuestras palabras de vida y de salud. Ellos las escucharon cuando por maravillosa manera explanasteis la doctrina católica sobre la constitución cristiana de los Estados, sobre el principado político, sobre la legitimidad del poder y la santidad de la obediencia, sobre la libertad verdadera y los deberes de los católicos en la vida social, sobre la dignidad del matrimonio base de la familia, sobre la vida cristiana, sobre el fomento de la verdadera ciencia y la restauración de la filosofía, y sobre el espíritu de asociación para promover la piedad y estrechar los lazos de la caridad propia de hijos de Dios y de la Iglesia. Las han escuchado cuando habeis puesto al descubierto lo que son y qué camino llevan las impías sectas de perdición que tienden lazos y redes para apresar á los hombres, á quienes quieren y procuran tener por amigos, ó más bien por esclavos, y cuya aspiración es destruir hasta en sus cimientos todo el orden religioso y civil establecido por el cristianismo, levantando á su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacadas de las entrañas del *Naturalismo*.

Las han escuchado igualmente cuando repetidas veces habeis inculcado la necesidad de la concordia entre los católicos, subordinando al interés de la religión todo lo que es puramente humano, secundario y transitorio, y buscando ante todo el reino de Dios y su justicia, para que en las familias y en los pueblos reine el Principe de la paz Cristo Jesús, Rey de reyes, y Señor de los que dominan.

Su presencia ante Vuestra Santidad, Beatísimo Padre, es una prueba de que han oído con respeto y amor esas saludables enseñanzas, y de que quieren con toda el alma ordenar según ellas su conducta en el orden individual, en el de la familia y en el de la sociedad.

Con empeño se ha trabajado y se trabaja por muchos para ex-

tinguir la luz de la fe en los pueblos, á fin de que se apague la llama de la caridad, é impere sólo el egoísmo que todo lo explota para satisfacer sus aspiraciones puramente terrenas, separando, aislando, armando unos contra otros como enemigos encarnizados. Se ha trabajado y se trabaja para arrancar de la mente del pobre la lumbre de la fe, y de su alma el sentimiento de la Religión y de su corazón la esperanza de un bien eterno, que es su tesoro, engendrando ansia frenética de gozar en la tierra, odio de muerte á quien en ella posee, y desesperación horrible que prepara la destrucción y ruinas. Vos, Santísimo Padre, habeis salido al encuentro, habeis tomado la defensa de los pobres obreros, y en vuestra nunca bastante alabada Encíclica *Rerum novarum* enseñais doctrina, que como luz venida del cielo ha subyugado y arrancado aplausos hasta de los no católicos, y que si se llevase á la práctica, resolvería fácilmente los problemas que conturban á las naciones. Procurais por medio de esas enseñanzas estrechar con lazo de caridad al que abunda en bienes y al que carece de ellos, declarando sus deberes, y los derechos que nacen del cumplimiento de éstos, tanto á los que consagran sus bienes á la industria para acrecentarlos, y toman el nombre de patronos, como á los que cooperan á ello con su trabajo para procurarse lo necesario á la vida con el sudor de su rostro. Brille la fe en las inteligencias; con su luz purísima miren todos al cielo, donde sólo se encuentra el bien sumo que alienta la esperanza; arda poderosa la caridad de los corazones, y el mundo se alvará.

Este es vuestro anhelo, Santísimo Padre: este es el de vuestros hijos aquí presentes. Ellos os dan gracias porque sois el protector y el padre de los pobres obreros, y procurais su alivio y su bienestar con amor de padre y con sabiduría de maestro, que hace en la tierra las veces del que dijo: «*venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, y yo os aliviaré.*» Recibid el testimonio de su sincero agradecimiento. Patronos y obreros aquí reunidos darán pública prueba de él, ajustando su conducta á vuestras enseñanzas y consejos para contribuir en la parte que les toca al logro de los santos y benéficos fines que se propone Vuestra Santidad.

Habladnos, Santísimo Padre, porque sois el maestro infalible de la verdad, y el Pastor supremo de la grey de Cristo, que, haciendo sus veces, teneis palabras de vida para confirmar á los hermanos, y decís á todos: «este es el camino, andad por él, y no torzáis á la diestra ni á la siniestra.» Hijos vuestros, os escucharemos prontos siempre á obedecer, y seguros de que obedeciéndoos obramos según el espíritu de Dios.

Entretanto deploramos con Vuestra Santidad la conculcación de los derechos de la Sede Apostólica, y la situación angustiosa á que se ve reducida por sus enemigos: elevamos nuestras ple-

garias al cielo para que abrevie los días de la tribulación, y pedimos que prolongue dilatados años vuestra vida, Beatísimo Padre, derramando en vuestro corazón consuelos celestiales según la medida de los dolores que le apenan, y fortaleciéndoos como hasta ahora para gloria de Dios, triunfo de la Iglesia católica, y salvación de la Sociedad.

Respuesta de Su Santidad.

Grande es el espectáculo, Hijos amadisimos, que en este día se ofrece á Nuestra mirada conmovida. Es toda la España católica con sus lejanas colonias quien, representada por vosotros, creyente y devota, rinde nuevo y maravilloso homenaje al sepulcro del Príncipe de los Apóstoles y á Pedro que siempre permanece en el Pastor supremo de la Iglesia.—Esta solemne manifestación de fe y de inalterable acatamiento, hecha en Nuestra persona, al Vicario de Jesucristo, y que vosotros ofreceis ante el mundo, es dignísima corona de tantos festejos con que la piedad de los fieles ha querido honrar Nuestro Jubileo Episcopal. Hemos visto á Nuestros amados hijos de las otras naciones acudir á Nos, y hemos acogido con especial placer sus sentimientos de sumisión y de amor; pero ninguna de aquellas demostraciones fué tan imponente como esta que ofrece por medio de vosotros la católica España, quien por tanto merece al parecer llevarse la primacia. Y esto no ha de ocasionar sentimiento á los demás pueblos católicos, sino que por el afecto filial que todos igualmente abrigan hacia el Pontífice Romano, aun será para ellos motivo de complacencia y de regocijo.

La historia gloriosa de vuestra patria puede llamarse con razón un monumento que proclama é ilustra su fe. Inflexible cuando rechazaba la infidelidad mahometana y las asechanzas de la herejía, mantuvo siempre incólume con heróicos esfuerzos la unidad de sus creencias religiosas y la inquebrantable sumisión á esta Sede Apostólica. España dió en todo tiempo á la Iglesia asombrosos luminares de santidad, entre los cuales resplandecen con nueva y brillante luz los Beatos Juan de Avila y Diego de Cádiz, á quienes hemos decretado poco há el honor de los altares: dió ilustres fundadores de Ordenes religiosas, dió doctores y maestros insignes, entre los cuales como astro mayor señorea aquel Isidoro de Sevilla, que mereció el título de *Doctor egregius cum reverentia nominandus*. Y si otros motivos no hubiese, los grandes Concilios Toledanos bastan por sí solos para que España haya conseguido uno de los primeros puestos entre las naciones beneméritas de la Iglesia. Y á estas brillantes tradiciones de nación eminentemente católica ha querido hoy añadir esta nueva prueba, y por cierto esplendidísima, de su fe.

Al recordar todo esto, es grave el dolor que ocasiona á Nues-

tro corazón paternal el detrimento no pequeño, que á vuestra grandeza nacional han causado las conmociones políticas y sociales, que casi de un siglo á esta parte, y aún en nuestros tiempos, han afligido y afligen á vuestra patria, á la par que á otros pueblos, arrastrándoles á decadencia y ruina. Recordad, Hijos amadísimos, cómo la grandeza de España anduvo siempre unida con lazo estrecho á su acatamiento á la fe sacrosanta de sus mayores; es más, de este acatamiento principalmente nació. Para realizarla pues y preservarla de una destrucción total, no hay medio más seguro ni más eficaz que el de volver sin reservas á los principios que la Religión enseña y á las prácticas que prescribe. Y al ver con placer los comienzos de este retorno, Nuestras solicitudes se aplicaron sin cesar á promoverlo y acrecentarlo. Con Nuestras Encíclicas hemos llamado á los pueblos á la observancia del Evangelio; hemos señalado á las clases trabajadoras las doctrinas del Cristianismo, cual remedio poderoso para aliviar sus sufrimientos; y recordándoles que la Iglesia es madre solícita de su bien, y abriendo su corazón á la esperanza de encontrar en ella fuerte apoyo, hemos emprendido el camino verdadero para asegurar el orden social hoy tan amenazado.

Vosotros, hijos amadísimos, bien lo habeis comprendido, y Nos es grato admirar en esta grandiosa demostración, la expresión elocuente de Nuestro pensamiento y del ansioso deseo de Nuestro corazón, de ver concertadas todas las clases sociales bajo el amparo de la caridad cristiana, que es «vínculo de perfección» (1). Sea que la Providencia os haya concedido las prerrogativas de la opulencia, sea que os haya reservado los honores de la pobreza, os hallais estrechamente unidos hoy en esta solemne profesión de vuestra antigua fe, como para manifestar así, lo que otras veces hemos procurado inculcar, que los deberes y los derechos de unos y otros encuentran en la Religión su más perfecta armonía.

Y como los Ministros del Altar deben ser Nuestros cooperadores en la misión nobilísima de santificar y pacificar á los pueblos, de común acuerdo con vuestro episcopado, hemos querido que se fundase en Roma y bajo la vigilancia del Pontífice, un Colegio de vuestra nación en donde jóvenes escogidos de las diferentes Diócesis, se preparen al ministerio sacerdotal, proveyéndose de pura y sólida doctrina y de medios eficaces para combatir el error y difundir los esplandores de la verdad. Ha sido esto, Hijos amadísimos, una nueva prueba de Nuestra solicitud hacia vosotros y hacia vuestra patria.

Mas para que Nuestros cuidados y esfuerzos lleguen al buen término deseado, es necesario también que todos los católicos de España se persuadan de que el bien supremo de la Religión pi-

(1) Col. III, 14.

de y exige de su parte unión y concordia. Es necesario que den tregua á las pasiones políticas que les desconciertan y dividen; y dejando á la Providencia de Dios dirigir los destinos de las naciones, obren enteramente acordes guiados por el Episcopado, para promover por todos los medios que las leyes y la equidad permitan, los intereses de la Religión y de la Patria, y compactos resistan á los ataques de los impíos y de los enemigos de la sociedad civil.—Es además deber suyo sujetarse respetuosamente á los poderes constituidos, y esto se lo pedimos con tanta más razón cuanto que se encuentra á la cabeza de vuestra noble nación una Reina ilustre, cuya piedad y devoción á la Iglesia habeis podido admirar, y la presencia de algunos de vosotros en esta ocasión Nos mueve á recordarlo. Por estas dotes siendo á Nos carísima, le hemos dado públicos testimonios de Nuestro afecto paternal, y de estos testimonios el más señalado es, el de haber levantado de la pila bautismal á su Augusto Hijo que fundadamente esperamos ha de heredar con las altas cualidades de gobierno, la piedad y las virtudes de su Madre.

Estas son, Hijos amadísimos, las paternas advertencias que os hacemos, y en vosotros á todo el pueblo español. A los cuales avisos de Nuestra caridad, como augurio de los favores celestiales, vaya unida la Bendición Apostólica, que á la Reina Católica y á su Augusto Hijo, al Episcopado y al Clero, á vosotros y á toda vuestra nación concedemos con todo el afecto de Nuestro corazón.

LEÓN XIII Y LA POLÍTICA ESPAÑOLA

Mucho se ha discurrido y se ha hablado y escrito acerca del alcance práctico que pueden tener las enseñanzas de León XIII acerca de la obligación en que se hallan los católicos españoles de sujetarse respetuosamente, si quieren trabajar útilmente en bien de la Iglesia, á los poderes constituidos, representados por la piadosa Reina Regente. Toda la cuestión se ciñe á la actitud en que se colocará el partido carlista, pues si bien es cierto que las declaraciones pontificias afectan por igual á todos los católicos de acción, pero lo es también que, salvo ligeras excepciones, sólo en el partido carlista militan católicos de acción adversarios de las instituciones vigentes. Contadísimos son los que en España buscan el bien de la Iglesia por medio de la República; pero la generalidad de los carlistas aseveran que lo que principalmente les acucia en sus proyectos políticos, es el deseo de reponer á la Iglesia en el sitio de honor y de dirección, de donde la ha desalojado el liberalismo triunfante. Y precisamente en ese espíritu

de reivindicación católica, se apoyan los carlistas para afirmar que no puede en manera alguna el Romano Pontífice atentar á la existencia y fuerza y prestigio del único partido que ha sostenido siempre, y está en sostener en lo sucesivo, la libertad, los derechos y las preeminencias de la Iglesia católica, vejada sistemáticamente por todos los partidos liberales, bien que ruda y francamente por unos, y por otros solapadamente y con cierta gazmoñería.

Como quiera, es indudable que ante las afirmaciones del partido carlista, repetidas en estos días con machacona insistencia por sus órganos en la prensa, se levantan las afirmaciones del Jefe Augusto del Catolicismo, quien amonesta á todos los españoles, carlistas y no carlistas, á buscar la restauración católica fuera de la lucha de los partidos, bajo la dirección y guía de los Obispos y dentro de la legalidad establecida. Es decir que los procedimientos adoptados por el carlismo para llegar á las reivindicaciones religiosas, no son los aprobados por el Maestro Infalible, que recomienda y prescribe é impone como deber de conciencia otros procedimientos incompatibles con aquéllos. Mas los prohombres del Carlismo juran que no han de dar á torcer su brazo, y que la Iglesia española no tiene otra salvación que la que ellos le preparan, y que sería para ella un mal irremediable el que la abandonarían indefensa á las arterias y odios de los liberales; por todo lo cual deben permanecer fieles á su misión y á sus procedimientos, seguros de que el Papa ni ha querido, ni ha debido, ni ha podido, poner trabas ni entorpecimientos á la expansión del espíritu que anima al partido carlista.

Como se ve, este partido no ha sido atacado por la Alocución pontificia en su entidad política, que en los accidentes de la cosa política no interviene la Santa Sede; sino que le han alcanzado las declaraciones papales, á causa de los viciados procedimientos de reivindicación religiosa por él adoptados desde los tiempos de D. Cándido Nocedal, procedimientos que transfieren á los jefes políticos atribuciones esenciales de los Prelados de la Iglesia, y que además comprometen la causa de ésta, envolviéndola en los apasionamientos de los partidos militantes. Por esto el Papa, en cumplimiento de un deber anexo á su misión apostólica, manda á los católicos españoles que, postergando los intereses pasajeros de la política, y dejando á la Providencia divina el destino de las Naciones, se unan entre sí y se pongan á las órdenes de los Obispos, y guiados por éstos, y sujetos respetuosamente á los poderes constituidos, salgan en apretado haz en defensa de la Iglesia y la vindiquen contra las audacias de sus tenaces enemigos. De seguir esas prescripciones pontificias los católicos españoles, quedaría reducido el partido carlista á una agrupación meramente política, y perdería mucho de su fuerza y su prestigio; y por esto los jefes de ese parti-

do se esfuerzan en contener á sus afiliados, inculcándoles la idea de que nada ha dicho el Pontífice Soberano que pueda afectar al ideal y á los procedimientos del carlismo.

Ahora bien; ¿triunfará la doctrina pontificia de las resistencias que le opone y que ha de oponerle el partido carlista?

Conocida es la idiosincracia de ese partido. Ningún otro puede comparársele en la tenacidad con que defiende sus posiciones. Tienen además los carlistas profunda convicción de que forman en España la parte selecta de la grey católica. Su partido es para ellos el depositario del verdadero espíritu que debe informar á todas las instituciones católicas: ha sido el arca santa donde se han refugiado cuantos no han perecido en el Diluvio desencadenado por el moderno Liberalismo sobre la sociedad moderna. Creen firmísimamente que el Liberalismo es el origen de todos los males que afligen á la Iglesia, y creen también que su partido es el único que no está contaminado por el virus liberal. De aquí que no admitan ni la posibilidad de error en sus procedimientos y tendencias. Por donde, continuando los Periódicos en su tema de que la Alocución de León XIII no puede afectar ni á la organización, ni al programa, ni á los procedimientos del partido, continuarán también muchos, muchísimos de los afiliados, sosteniendo erre que erre que es imposible servir bien los intereses de la Iglesia fuera del carlismo, que no es conveniente poner las fuerzas católicas, que hoy siguen á los jefes del partido, bajo la autoridad inmediata y onimoda de los Obispos y que sería una aberración colosal reconocer la legalidad existente y prestar respetuosa obediencia á los poderes constituidos. Ellos no pueden haberse equivocado.

Los católicos que siguen á Nocedal, imitarán la conducta de los hombres de *El Movimiento Católico*, y de *La Unión Católica*: se sujetarán respetuosamente á los poderes constituidos, y trasladarán el campo de sus operaciones al terreno de la legalidad establecida. Tenemos seguridad de ello. Pero los católicos del carlismo, opondrán tenaz resistencia á las direcciones pontificias. Recordamos la actitud que adoptaron cuando León XIII mandó á los católicos franceses que aceptaran la República, para trabajar con éxito en bien de la Iglesia, dentro de las instituciones vigentes. Como la doctrina pontificia debía necesariamente debilitar el partido tradicionalista francés, hería de rechazo al partido tradicionalista español, y de aquí la campaña poco ejemplar que hicieron nuestros tradicionalistas contra las llamadas *imposiciones políticas del Vaticano*. Pero desistieron de esa oposición, declarando que las enseñanzas pontificias se referían concretamente á Francia, y que no podían afectar en manera alguna, al existir de los partidos políticos de España. Era fácil prever cual sería su actitud el día en que León XIII, en su altísima sabiduría, creyera llegado el caso de dirigir á los católi-

cos españoles instrucciones análogas, á las que acababa de dirigir á los franceses. El caso ha llegado ya, y va sucediendo lo que estaba previsto.

La doctrina del Papa á los católicos franceses era aplicable á la situación de España, pues era la doctrina tradicional de la Iglesia relativa á la sumisión y respeto debidos á los poderes constituidos. León XIII observa en su Alocución á los españoles que el deber de sujetarse á los poderes incumbe tanto más á los católicos españoles, cuanto en España se halla al frente de la Nación una Reina ilustre, adicta especialmente á la Iglesia y muy bien vista por la Santa Sede. Con todo esto, los tradicionalistas españoles adoptan el sistema de resistencia á las instrucciones pontificias adoptado por los tradicionalistas franceses. Estos proclamaron su derecho á pensar y obrar en asuntos políticos con entera independencia de la Santa Sede y mantuvieron sus antiguos programas y sus viejos procedimientos, y al llegar la época de las elecciones hicieron una guerra implacable á los partidarios de las instrucciones pontificias, á quienes bautizaron con el nombre de *resellados*, como para afearlos el haber desertado de sus antiguas banderas. Y como el prestigio de León XIII era inmenso, no sólo en Francia, sino en todo el mundo civilizado, la prudencia les aconsejó desistir de sus ataques contra las iniciativas del Pontífice, y entonces dirigieron sus baterías contra los Obispos más adictos á las corrientes procedentes del Vaticano. Y continúan todavía atacando, insultando, calumniando en sus Periódicos á los Prelados que más se distinguen por su adhesión á la Santa Sede.

Con todo, el partido tradicionalista francés no ha podido luchar contra el prestigio de León XIII, y cada día clarean más sus filas, mientras aumentan prodigiosamente los partidarios de la política pontificia. Y deben tener esto muy en cuenta nuestros carlistas, si no quieren ver completamente desorganizado su partido. Si se empeñan en seguir el camino recorrido por los tradicionalistas, orleanistas y bonapartistas franceses, experimentarán como éstos amargas decepciones, porque el pueblo español no les seguirá en sus escarceos desde que advierta que contraría los deseos y los mandatos del Vicario de Jesucristo. La adhesión de los españoles á la Santa Sede y su catolicismo, no pueden ser puestos á prueba en interés de ningún partido político; fracasarán los que se empeñen en ese intento. Además, por grande que sea la confianza que los carlistas tengan en sus jefes y en su programa político, es mayor la confianza que inspira el magisterio de León XIII, al cual no osarán resistir abiertamente los católicos de España.

Para terminar, recomendamos á los Diarios carlistas que pretenden burlar la dirección que á los católicos españoles señala la Santa Sede, los párrafos siguientes de un elocuente discurso

del Conde de Mun, referentes á la eficacia del magisterio pontificio:

«Recuerdo que el año pasado os refería, en la misma fecha que hoy lo verifico, el conmovedor espectáculo que se ofrece de improviso al fin del siglo, del inesperado consorcio de la Iglesia con la democracia, y hacía llegar hasta vosotros el eco débil, pero que brotaba en mi corazón lleno de fe y de confianza, de la gran voz del Vaticano.

Desde entonces esa voz continúa llenando el mundo, y cosa extraordinaria que defrauda los cálculos y las previsiones, en este siglo donde la irreligión creía imperar como dueña absoluta, en que el divorcio entre la iglesia y la sociedad civil parecía inevitable y consumado; donde se creía cosa admitida que el Papa no era más que el Jefe espiritual de algunos creyentes, hé aquí que de pronto el nombre y la palabra del Papa cautivan completamente la atención de los hombres; hé aquí que llenan la prensa, las reuniones, las discusiones públicas y privadas, y por todas partes donde nos volvamos, ó que prestemos atento oído, no vemos ni oímos más que el nombre y las palabras del Papa repetidos en los discursos, escritos y controversias, siendo objeto de entusiasmo para los unos, de cólera para los otros, de confusión para muchos, de asombro para todos aquellos que no tenían arraigado en el fondo de sus corazones, que el Pontificado sería en nuestro siglo, como en los anteriores, la piedra angular del mundo.»

E. LL.

LA VOZ DEL PAPA.

El Discurso dirigido por León XIII á los peregrinos españoles, en contestación al Mensaje leído por el Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla, ha dado margen á una viva controversia, que recuerda la suscitada por la Encíclica *Cum Multa*, y más aún la promovida por la Encíclica dirigida á los católicos franceses al recomendarles la aceptación leal y sincera de la forma republicana de Gobierno. No esperaron los diarios católicos de Madrid y de Provincias á conocer el texto de la Alocución pontificia, para dar comienzo á sus polémicas, sino que á la vista de los despachos telegráficos inicióse una ferviente discusión entre ellos, sosteniendo unos que el Papa exigía á los católicos españoles el reconocimiento de las actuales instituciones y el abandono del carlismo, y afirmando otros que nada había en las palabras del Papa que pudiera afectar en lo más mínimo á los intereses del partido carlista. Según *La Unión Católica* y *El Movimiento Cató-*

lico, con los cuales acotaban todos los Diarios conservadores, el discurso del Papa tenía un alcance grandísimo, puesto que trazaba á los católicos españoles la misma norma de conducta que había trazado á los católicos franceses, conjurándoles á que se unieran, pospuestas las aficiones de partido, á la sombra protectora de los poderes constituidos, y bajo la dirección efectiva de los propios Prelados; pero según *El Correo Español* y *El Correo Catalán* y demás Periódicos carlistas, el Discurso pontificio nada de nuevo decía, y ni posible era que pudiera lesionar los intereses y los derechos del partido carlista, único que defiende de verdad la causa católica en España.

No hemos visto en esa controversia periodística el empeño, ni por parte de unos, ni por parte de otros, de sacar á salvo el pensamiento del Augusto Pontífice; sino más bien el de afirmarse cada cual, con la autoridad pontificia, en las posiciones de antemano elegidas; y por esto, aún antes de haber leído el discurso, carlistas y no carlistas hallaron en él la confirmación de sus respectivos programas. Largamente se ha discutido sobre los derechos de D. Carlos á la corona de España, sobre la política parlamentaria y la política tradicionalista, sobre la autoridad del Papa al tratar asuntos políticos, sobre la teoría de los hechos consumados aplicada á la monarquía española y á la monarquía italiana, y sobre otros y otros temas que así tienen que ver con lo que el Papa dijo como sobre las abutardas de Mayo. Con mayor serenidad de juicio, ni hubieran dicho los unos que el Papa había condenado al carlismo, ni hubieran replicado los otros que el carlismo no era condenable y que ese partido ni por nada ni por nadie modificaría su actitud y su programa.

Evitemos los escollos que estamos señalando, y puesto que en este Número insertamos la Alocución de León XIII, veamos con toda imparcialidad, y sin prejuicios de ninguna clase, lo que en ella nos dice S. S. á los católicos españoles. Despues de recordar León XIII lo que ha hecho en bien de la católica España, dice que sólo pueden surtir efecto sus cuidados y esfuerzos, cuando *todos los católicos españoles* se persuadan de que el bien supremo de la Religión pide y exige de su parte unión y concordia. La base, pues, de la acción católica en España, ha de ser según S. S. *la unión y concordia de todos los católicos españoles*. Y como lo que se opone á esa unión y concordia son las pasiones políticas, les aconseja que no busquen el bien de la Religión por los medios políticos, y *dejando á la Providencia de Dios dirigir los destinos de las naciones obren enteramente acordes guiados por el Episcopado*, promoviendo así los intereses religiosos, y defendiéndolos contra sus enemigos. De donde los jefes de los católicos españoles, que quieren trabajar en bien de la Iglesia, no han de ser ni Pidal, ni Nocedal, ni Cerralbo, sino los Obispos, á quienes todos deben seguir sumisamente. Esto es, la

acción católica debe ser obra de todos los católicos españoles, debe ejercerse fuera de los partidos políticos y debe ser dirigida por los Sres. Obispos. Quien no vea esto en la Alocución del Papa, es que no quiere penetrar su contenido.

Es por otra parte evidente, que si la acción católica no ha de ser obra de este ó de aquel partido, sino de todos los españoles, y ha de ser dirigida por los Obispos, incumbe á los católicos de acción el deber de sujetarse respetuosamente á los poderes constituidos, porque es tal la doctrina tradicional de la Iglesia, expuesta admirablemente en la Encíclica á los católicos franceses, y sólo en la sumisión respetuosa á los poderes constituidos, pueden los Obispos dirigir las huestes católicas. Y esta doctrina de sumisión y respeto á los poderes legales, es tanto más aplicable á la hipótesis española, cuanto que se encuentra á la cabeza de nuestra nación una Reina ilustre, cuya piedad y devoción á la Iglesia, son muy conocidas y la hacen especialmente carísima á la Santidad de León XIII, quien hace votos para que el Rey niño, herede las altas cualidades de gobierno, la piedad y las virtudes de la Madre. Es decir, que aquella acción católica, á la cual deben concurrir todos los católicos españoles, y que debe ser moderada por los Obispos, fuera del terreno candente de las luchas políticas, debe además aplicarse con sujeción y respeto á los poderes constituidos, tanto más cuanto estos, representados por la Reina Regente, se muestran favorables á los intereses y libertades de la Iglesia.

Tal es la enseñanza contenida en la Alocución pontificia. «La palabra del Papa, diremos con un periódico católico, es clara y terminante, tan clara y terminante como cuando se dirigió á los franceses. Los que no la oigan es porque no quieren oirla. No necesita comentarios, ni explicaciones, ni ampliaciones, ni nada. Basta la buena fe para comprender todo lo que se contiene en ese *deber* de sujeción que se nos impone con respecto á los poderes constituidos. La doctrina estaba ya expuesta luminosamente en la Encíclica á los franceses. Si alguien quiere conocer el alcance y significación de las palabras del Papa á los peregrinos españoles, no tiene más que leer aquella Encíclica. Allí está todo, y todo está con esa admirable sabiduría que resplandece en los inmortales documentos de nuestro gran Pontífice.»

Por grandes que sean las preocupaciones políticas, es imposible desconocer que los católicos de *El Movimiento Católico* y de *La Unión Católica*, al imponerse la tarea de defender los intereses de la Iglesia, bajo las órdenes de los Obispos, y dentro de la legalidad vigente, acatando y respetando los poderes constituidos, se hallan dentro del programa de acción trazado por León XIII. Todas las argucias del amor propio burlado no pueden negar este hecho. Hay mucho de irreverente en el siguiente pasaje de *El Correo Catalán* del 22 de Abril: «Tiene mucha razón el Papa en decir

que es deber nuestro sujetarse á los poderes constituidos, como que al que no lo cumple lo prenden, le embargan, lo procesan y lo condenan. No hace, pues, más el Papa que recordarnos las leyes del Reino y las prescripciones del Código penal y de la ley de imprenta. Y esto no lo hace sólo con los carlistas, sino con los republicanos, en una palabra, con todos los españoles poco amigos de los poderes constituidos.» O en este pasaje nada dice *El Correo Catalán*, ó quiere significar que la frase más sustancial del discurso pontificio es una verdadera perogrullada. Y que podemos suponer esa falta de respeto en el Diario carlista, lo comprueba el siguiente pasaje del mismo: «Y si todavía seguís alborozándoos, nos reiremos nosotros, mirándoos como á los indios del Mindanao, que están tan contentos con unas cuentas de cristal y unos espejitos que se cuelgan en el cuello y con esto saltan de gozo, como vosotros con las palabras relucientes que contiene el *Discurso pontificio*.» Más respetuoso en la forma, pero no en el fondo, estuvo *El Correo Español* de Madrid, al oponer, en su Número del 23 de Abril, á las declaraciones de León XIII, un pasaje de la Buía *Sollicitudo Ecclesiarum* de Gregorio XVI, algunos textos bíblicos y un parrafito de Melchor Cano.

Con todo, no abundamos en la opinión de los Periódicos que han afirmado, que las declaraciones de León XIII implican el licenciamiento del partido carlista, lo cual, de tan negro humor ha puesto á los jefes de esta agrupación política. El Papa no ha hecho alusión alguna á la cuestión dinástica, ni tampoco á la forma constitucional ó absolutista de Gobierno. Los dos principios fundamentales del carlismo, que son, el reconocimiento de los derechos hereditarios del Duque de Madrid y el retorno á la forma tradicional de Gobierno, están fuera del alcance del Discurso de León XIII á los peregrinos obreros. Por esto creemos incongruente la polémica que acerca de estos dos puntos se ha entablado entre los Diarios católicos. Límitese el carlismo á una propaganda meramente política de los principios constitutivos de su partido, y no tendrá que modificar su programa para no entorpecer la aplicación de las enseñanzas pontificias. El Papa no se mete en los asuntos de la política de partido.

Pero es el caso que el carlismo, por órgano de sus periódicos y por boca de sus Diputados, afirma un día y otro día, que es ante todo y sobre todo una agrupación católica, la única capaz de defender los intereses de la Iglesia, la única donde tienen cabida los católicos de acción, la única donde se han refugiado las fuerzas vivas del catolicismo español, y no es raro el que afirme que son católicos de baja ley, católicos sospechosos, católicos inactivos, los que no militan en las filas del partido. Y esta mezcla política-católica es lo que no cabe dentro de las enseñanzas pontificias. Porque León XIII quiere y manda que los católicos de acción, al defender á la Iglesia y combatir á sus enemi-

gos, lo hagan fuera de las luchas políticas de partido, bajo la dirección de los Prelados, dentro del orden legal vigente, y con sumisión respetuosa á los poderes constituídos. Los prohombres del carlismo deben abdicar esa jefatura católica de que hacen alarde á todas horas, y limitándose á la gestión de los intereses políticos, deben depositar en manos de los Venerables Prelados la dirección de las fuerzas católicas: deben abjurar ese laicismo que inoculó en las venas del partido carlista D. Cándido Nocedal, y del cual ni ha sabido ni ha querido desprenderse.

Ya se ve que el día en que *todos* los católicos se agrupen para seguir á sus Obispos y reñir las batallas del Señor dentro de la legalidad constituida, ese día perderá un noventa por ciento en fuerzas y prestigio el partido carlista; pero esa pérdida será ganancia para la Iglesia que recobrará sus libertades y sus derechos.

E. LL.

EFFECTOS DE LA ROMERÍA

No era Pedro católico fervoroso. Algunos domingos iba á Misa, pero, eso sí, procuraba que no le vieran sus compañeros de taller, de la mayor parte de los cuales sabía á ciencia cierta que alardeaban de anticlericales. Si en lugar de vivir en San Martín de Provencals, viviera en su pueblo natal, allá en la provincia de Huesca, fuera sin duda alguna un buen creyente, como lo eran sus padres y sus hermanas. Se había resistido siempre á militar en las filas socialistas, deslazonándose bonitamente de los que trataban de entrucharle para hacer de él un revolucionario de acción. Tampoco quiso dar su nombre á ninguna Asociación católica, principalmente para evitar que se alfonsearan, al saberlo, los compañeros de trabajo. Eso de que nadie jugara al abejón con él, era cosa que le sacaba de quicio; pero en cambio no se metía con nadie, y ni los católicos ni los anticatólicos le miraban con entrecejo, y aún aquéllos le bailaban el agua delante para atraerlo á su causa.

Cuando el patrono de la fábrica donde Pedro trabajaba, ofreció costear el viaje á Roma de los obreros que quisieran ir en peregrinación, pocos fueron los que de antuición se allanaron á formar en la Romería obrera. No pasaron de cinco. El mayor-domo de la fábrica, hombre que buscaba agarrarse de buenas aldebas, comprendiendo que su principal deseaba que fueran en mayor número los peregrinos, que debían representar la fábrica en Roma, se aplicó á hacer proselitismo entre los operarios de su confianza, y llamando á parte á Pedro le dijo:

—Dime, Pedro, ¿qué inconveniente tienes en formar parte de la peregrinación obrera? Te se pagarán todos los gastos de viaje; te se abonarán todos los jornales que pierdas, para que tu familia no los eche de menos; viajarás por mar en un buque soberbio; verás á Roma, que es cuanto se puede ver en este mundo; verás al Papa y sus palacios y sus museos. Con que, no te hagas el tonto, que ocasión como esta no la pillas á cuatro tirones.

—Ya se ve que sí. Pero eso de peregrinación, parece cosa de sacristía, y luego los otros lo toman á uno por un mamacallos, y le echan el agraz por el ojo, no más que para mortificarlo. Y yo, ya V. lo sabe, que tengo malas pulgas.

—No seas tonto, hombre. Sábeté para tu gobierno que ireis muchos, muchos, y esos que tú dices, cuando sepan los que vais á Roma, y que no os cuesta nada, se han de morder los puños de pura envidia.

—¿Y tantos hemos de ser? preguntó Pedro ya cespitando.

—Muchos miles.

—¿Y hasta cuando hay tiempo de dar el nombre?

—Por todo este mes.

—Pues bueno, lo pensaré y le diré á Vd. si me resuelvo. Hoy no se que hacerme,

—Está bien, pero no te hagas el majadero, y no pierdas tan buena ocasión.

Desde que tuvo lugar la anterior conversación, Pedro que hasta entonces había mirado con sobrada indiferencia lo concerniente á la peregrinación obrera, empezó á inquirir noticias acerca de la misma, y paulatinamente se le fué haciendo simpática. Desde un principio creyó que se compondría sólo de algunos sacristanes, de unos centeñares de beatas, que por desengaños habidos y por ilusiones perdidas, no estaban con sus alfileres, y de algunas docenas de echacantos que van siempre allá donde los llevan. No pensó nunca que la tal peregrinación se redujera á una bajorrina despreciable, como había leído en algunos papeles; pero tampoco sospechó que alcanzara la importancia y la respetabilidad que ahora veía que iba teniendo. Y por manera especial cobraba alientos cuando averiguaba que se inscribían miles y miles de obreros, algunos de los cuales le eran conocidos, y sabía de ellos que eran personas serias y muy hombres de bien y de todos queridos y considerados; por donde venía á sacar en limpio, que formarían una agrupación numerosa y respetable que se impondría á todos esos babazorros que, por ser cosa buena y loable, habían de chillar y desafortarse. Y allá en su interior determinó no ahorrárselas con nadie y hacer de su capa un sayo, y sin más averiguaciones, después de una conversación con su madre y hermanas, volvió cabe el Mayordomo y se alistó entre los romeros de la fábrica.

—Y ahora, dijo al Mayordomo, ¿qué he de hacer para ir con los otros á Roma?

—Nada más que entregarme la cédula: yo te procuraré el billete de ida y vuelta, el cual te dará derecho á la comida y al hospedaje, y te avisaré el día y hora en que debas embarcarte. Si algo más hay que hacer, lo sabrás al momento. No te preocupes sino de tu persona. Hatea por tu cuenta y queda tranquilo.

Pedro experimentaba una trasformación muy estraña. Acostumbrado á servir siempre, no se acababa el verse ahora tan atendido. Los que le enguizgaban un día y otro para que se metiera en sociedades de tendencia revolucionaria, jamás le habían tratado con esa consideración y cariño, y lejos de hacer en obsequio suyo el más leve sacrificio, bien conocía que tiraban á explotarle. Ahora veía claro que eran vanas penpringadas aquellas promesas que le hacían y que no habían de realizarse. Pero los promovedores de la peregrinación, le facilitaban lo que á pocos, y en su clase á nadie, es dado conseguir: un viaje á la Capital del Catolicismo, hecho en las más confortantes condiciones, y sin que tuviera que gravar su presupuesto ordinario.

Poco á poco se encariñó con la peregrinación y hasta llegó á sentir por ella entusiasmo. De verdaderas vacunadas calificaba las cuchufletas que contra la misma algunos boquirrotos se permitían. Balaba por el momento de ir á bordo. En los compañeros de peregrinación veía otros tantos amigos del alma. En los directores de la misma á otros tantos protectores cariñosos y decididos. Fué uno de los que comulgaron el día del embarque, y comulgó con espíritu de piedad, apesar de que en asunto de prácticas religiosas andaba desmazalado desde años atrás. Pero estaba resuelto á cambiar de conducta. Había de ser en lo sucesivo un católico mazizo y de buena ley, como veía que lo eran la mayor parte de los peregrinos.

En esa disposición de ánimo se embarcó Pedro, el día 17 de Abril, en el puerto de Barcelona. Era la vez primera que se confiaba al mar. Desojábase mirando aquel buque tan hermoso, tan rico, tan grande. No creía él que un buque fuera una habitación tan cómoda, tan lujosa. Aquello era un palacio flotante. ¡Quién le había de decir, allá un mes atrás, que había de viajar en aquellas condiciones! Sobre todo que todos los romeros, hasta los patronos, hasta los Obispos, le trataban con familiaridad y le admitían en sus conversaciones, y le permitían la circulación libre por todas las dependencias, como si hubiera pagado al igual de ellos. Aquello era una familia, donde todos se estimaban, donde no había desigualdades bochornosas, donde todos pensaban y sentían al unísono. ¡Conque fervor rezaba Pedro en unión de aquellos señorones y de aquéllos Sacerdotes y de aquéllos Prélados! Ah! cuando ciertos compañeros de fábrica le volvieran á hablar mal de la Religión y de los curas y de los ricos, ya sabría él que

responderles y de cierto que no había de morderse los labios, sino que había de ahorrarlos como era justo y debido. No, no había de amadrigarse más, para no parecer tal como debía, ante aquellos bambarrias sin sustancia ni mollera.

Tales eran los sentimientos que animaban á Pedro cuando la peregrinación obrera barcelonesa llegó á Roma. Acaso por la falta de educación estética é histórica, acaso por la sobreexcitación del sentimiento religioso que en sí experimentaba, es lo cierto que Pedro, desde que pisó el suelo de la Ciudad Eterna, se veía y se deseaba por hallarse en presencia del Papa, y apenas si paraba mientes en los monumentos que encontraba al paso. Para eso había ido á Roma, para ver al Papa. Por esto, de todas las impresiones que ha traído de la Ciudad Eterna, la más honda, la más viva, la que asoma en todos sus relatos, es la que le produjo la llegada de León XIII á la Iglesia de San Pedro, conducido en la Sede Gestatoria y rodeado de toda la Corte Pontificia. Le pareció así como una visión celestial. Levantóse de puntillas y estiró cuanto pudo el cuello y por algunos momentos miró como extático al Vicario de Cristo, que majestuoso y risueño se adelantaba, como guiado por mano misteriosa, por encima de aquel mar de cabezas humanas. Completamente abstraído de cuanto á su alrededor pasaba, como hipnotizado por la presencia del Augusto Anciano, ni siquiera formó coro con los miles y miles que á voz en cuello vitoreaban al Papa Rey. Toda la vida se le había agolpado á los ojos, y los ojos se le saltaban tras aquella aparición que le fascinaba por manera irresistible. No veía en León XIII á un hombre; era el representante de la divinidad que le hablaba de otro mundo, que le llamaba á otra vida, que le trasportaba á regiones supraterrrenales.

Permaneció por algunos momentos en esa tensión de ánimo, de la cual le sacaron los burras y las aclamaciones de una muchedumbre ebria de entusiasmo. Cuando volvió á la vida de la realidad, también él gritó con toda la fuerza de sus pulmones: ¡viva el Papa-Rey! ¡Viva León XIII! ¡Viva España Católica! Ni las armonías sagradas, ni la magnificencia y grandiosidad del templo, ni el esplendor litúrgico de la solemnidad religiosa, pudieron distraer á Pedro de aquella contemplación absorbente; ni veía, ni quería ver otra cosa que al Papa. En el atuendo fastuoso de aquella solemnidad verdaderamente imponente, veía la reproducción mejorada de otras solemnidades ya vistas allá en Barcelona; pero el Papa nada de parecido le recordaba, excitaba su presencia una emoción singularísima, sin precedente, y que no había de tener reproducción adecuada. De aquí que Pedro, apenas si se preocupó, desde esta ocasión memorable, de otra cosa que de volver á ver al Papa. Todo lo demás tenía para él un valor secundario. No le quedaba más que hacer en Roma que asistir á la presentación de los peregrinos al Papa. Contaba las

horas que faltaban para esta recepción prometida, y cuando por segunda vez se halló en presencia del Papa, á saber el idioma del Lacio, hubiera exclamado como el viejo Simeón: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, quia viderunt oculi mei salutare tuum.*

Así es que Pedro, al regresar la peregrinación obrera, apenas si sabe hablar sino de León XIII. Si se formara en España un ejército de cruzados para devolver al Papa la independencia y soberanía temporal, no dudamos que sería uno de los que primero se alistarían para esa cruzada. Fué á Roma siendo católico tibio: ha vuelto convertido en católico ferviente y adictísimo á la Santa Sede.

E. LL.

EL EXCMO. SR. MARQUÉS DE COMILLAS.

No tenemos la honra de conocerle personalmente, pero le conocemos por su obras. Debémosle un aplauso, miles de aplausos, porque á él se debe el éxito material de la Peregrinación obrera á Roma: debémosle gratitud, porque nuestros peregrinos han recibido directamente de él obsequios y atenciones, como lo han dicho en sus cartas nuestros corresponsales. Vamos, pues, á presentarle á nuestros lectores para que le conozcan, le aplaudan y le bendigan con nosotros, y no teniendo datos propios para ello, porque como hemos dicho al principio, no tenemos la honra de conocerle, aprovechamos los que han publicado en estos días nuestros compañeros *El movimiento Católico* de Madrid, y *La Luz* de Astorga. Dice el primero:

«Es el Excmo. Sr. Marqués de Comillas, entre las de los legos organizadores y protectores de la romería obrera, la figura principal y descollante. Inmenso prestigio en todas las clases de la sociedad española tenía ya ganado, legítima y brillantemente, el Excmo. Sr. Marqués de Comillas; con la peregrinación obrera ha puesto, por decirlo así, el sello de su justa y simpática popularidad. De hoy en adelante, y así como de León XIII se dice que es el Papa de los obreros, del Marqués de Comillas se dirá que es el rico, *según el espíritu y el corazón de León XIII*, ó lo que es igual, *según el espíritu de Dios.*»

Cuando León XIII trazaba en su admirable Enciclica *Rerum Novarum* los deberes de los capitalistas y propietarios y presentaba al mundo cristiano el tipo ideal del rico, instrumento de Dios en la tierra, para el cumplimiento de altísimos fines sociales, dibujaba sin saberlo, y presentaba al mundo, el retrato moral del Marqués de Comillas; del que agencia, conserva y acrecienta continuamente sus riquezas, no para proporcionarse nue-

vos goces, ni para asegurarse un estéril é innoble descanso, sino para hacer más bien á sus semejantes, para extender y ensanchar la esfera de sus beneficios. Los caudales de estos ricos, son como el agua que recogen las nubes, para derramarla sobre la tierra.

Siendo el Marqués de Comillas de los españoles que poseen más pingüe y saneado caudal, es de los españoles que más trabajan, é indudablemente, el que hace mayor cantidad de beneficios.

¿Qué necesidad tiene el Marqués de Comillas de trabajar tanto? Con poner su dinero en un Banco extranjero y comerse tranquilamente sus rentas, en invierno en Niza, en verano en Escocia, se pasaría una vida que es para muchos el ideal de la vida terrena. Pero no es así para el opulento marqués; en sus oficinas no hay un empleado que trabaje más horas al día, y con más empeño; apenas si se concede el vagar indispensable para comer y dormir; y lo que es para pasear y divertirse, el Marqués no se cree con derecho á distraer apenas una sola hora. Contando por centenares los millones, Comillas cumple al pié de la letra el precepto divino. «Comerás el pan, con el sudor de tu rostro.»

Y ¿para qué tanto afán? Comillas trabaja por ganar dinero: este es el fin próximo ó inmediato de su labor.

Pero ¿cuál es el fin último ó supremo? Pues, poseer cada vez más riqueza, para emplearla en hacer bien á sus semejantes; tener más para repartir más; éste es el objetivo á que tiende Comillas: el ideal que realiza con su riqueza.

Y no es un filántropo á la manera de esos opulentos lores ingleses, que, amando al hombre, concluyen por dedicar su fortuna á la fundación de un hospital de... caballos ó de perros. El Marqués es un cristiano católico, y, por consiguiente, caritativo; hace bien á sus semejantes, pero no por sus semejantes mismos, sino por Dios.

Pero ¡cuánto bien hace! Su presupuesto de caridad, es inagotable. Santo Tomás decía: «La propiedad es del propietario; pero su disfrute debe ser de todos, y puesto á disposición de todos, por la caridad del dueño.» Esta doctrina, la única capaz de resolver la cuestión social, se aplica por desgracia, poquitas veces en la vida; pero el Marqués de Comillas la cumple al pié de la letra: es su norma de conducta, y debiera ser el mote ó la leyenda de su escudo nobiliario.

Con media docena de ricos como el Marqués de Comillas, ¡qué poco graves serian los problemas sociales! ¡Y qué instructiva para esta generación, y aún para las futuras, sería una biografía circunstanciada del opulento naviero español, tipo ideal de los ricos cristianos!»

El Samaritano del Evangelio

(HISTÓRICO).

Medio siglo há, sobre poco más, rodaba por la carretera de Anagni á Carpineto, en Italia, un carruaje tirado por dos caballos: un preceptor daba la derecha, en el testero, á un niño débil y de color pálido que á la sazón convalecía de una grave enfermedad.

Al llegar al pié de una cuesta, observaron los viajeros que, tendido sobre piedra dura y al lado del camino, se encontraba un niño pobre, con traje de pastor, lleno de polvo y de girones, quejándose amargamente y haciendo penosos esfuerzos para retirarse, lo cual no era de extrañar, pues se le veía un pié descalzo muy hinchado, con una herida en el tobillo.

Al llegar junto á él se detuvo el carruaje y bajó apresuradamente el niño convaleciente á preguntar al pobre la causa de su dolor y de su estado.

El cabrero, que tal era, contestó que había sido atropellado por el carro de un lechero, por no haber tenido tiempo para separarse, y que el conductor, ó no viéndolo ó no haciéndole caso, le había dejado, á pesar de sus gritos y voces de auxilio.

—Pero, ¡ay! que no puedo más; ¡el dolor me mata!—dice.

En el acto, conmovido el joven viajero, con resolución impropia de sus pocos años, atraviesa la maleza y las espinas que los separan de un arroyo, llena su sombrero, dá de beber al cabrero, lava la herida, y ciñe el tobillo y pié con su pañuelo de batista.

—¿Dónde habitas? le pregunta.

El pastor señala una aldea en lo alto de la montaña.

—Allí no puedes ir, dice el improvisado cirujano. Ven conmigo á Carpineto y encontrarás lo que te haga falta.

El herido sonrió de agradecimiento y apoyado en su protector, llegó y fué subido al carruaje.

—Pero ¿qué piensas hacer, Joaquín?—dijo el ayo al ver llegar al herido.

Pues lo que haría cualquier cristiano. ¿Podemos dejar abandonado á ese pobre niño herido?

—Pero si lo lleváis á casa, ¿qué dirán vuestros padres?

—Que he hecho bien, dirán sencillamente. ¿Es cosa extraordinaria ó mala auxiliar á un pobre niño y curarle una herida? Todos harían otro tanto.

El ayo dió entonces una palmada de satisfacción en la espalda de su discípulo, y el carruaje partió veloz en dirección á Carpineto.

Al llegar á casa de Joaquín, su madre quedó absorta viendo el huésped inesperado que le traía su hijo, ya que nada tenía de agradable por su traje, aunque lo fuera por su agraciado rostro, colocado dentro de un marco negro formado por su abundante cabellera; mas cuando oyó á su hijo contar el encuentro y el estado del pobre, hizo llamar apresuradamente al médico de la casa y cuidar al muchacho. Joaquín, al ver tal recibimiento, vertió lágrimas de gratitud y de alegría, lanzando sus grandes y bellos ojos centellas de felicidad.

—¿He hecho bien, madre?

—Sí, hijo mío, has obrado bien.

Y alegre y satisfecha abrazó á su hijo, oprimiéndole contra su corazón.

Aquel Joaquín, viajero delicado y caritativo, era Joaquín Pecci, hoy León XIII.

EL OBISPO Y EL SABOYANO

Existe entre Francia é Italia un país cubierto [de altísimas montañas, de escarpadas rocas, de nieves perpetuas; pero ay!... tan pobre como hermoso: es la Saboya. Allí, á la edad en que los niños no piensan más que en jugar en las verdes praderas, en cumplir fáciles obligaciones y estudiar cortas lecciones, tienen que pensar en ganarse la vida.

Un día, el padre les cuelga al cuello una caja con una mona, la madre les pone bajo el brazo un gran pan para satisfacer sus primeras necesidades, y los dos al bendecirles, con los ojos llenos de lágrimas, les dicen:

—Que Dios os guarde! marchad á ganaros la vida, y que volvais sanos y salvos! Y se van los pobres chiquitos, lejos, muy lejos de su madre y de su país, á las grandes ciudades.—Allí cantan las canciones de su patria, hacen bailar sus monas para divertir á los transeuntes, y así recogen algún dinero para volverse.

Uno de estos pobres muchachos llegó de esta manera hasta los límites de la Moselle, á la ciudad de Tréveris.

Llevaba dos monas, la suya y la de su hermano pequeño, que salió con él de Saboya, y el pobre había muerto en el camino, lejos de su patria querida, y lejos sobre todo de su buena madre.

En una de las mañanas de la primavera, el pequeño saboyano, sentado en el pórtico de un palacio, se calentaba con delicia á los templados rayos del sol. ¡Hacía tanto tiempo que no había sentido calor!

En tanto que así se hallaba, se le iban representando uno á

uno todos los recuerdos del país: su madre cariñosa, su amantísimo padre, toda su familia... su chocita, y su pobre hermanito que se había marchado al Cielo! De pronto se acordó que no había rezado aún su oración de la mañana; y juntando sus manitas, se puso á rezar con todo su corazón por las personas queridas ausentes. ¡Cuán gratas son á Dios siempre semejantes oraciones!

El palacio en cuya puerta estaba Pedro era del Obispo. En aquel mismo instante el Prelado miró por casualidad por una ventana, y quedó sorprendido al observar la piedad de nuestro pequeño saboyano; mandó que entrara y le pidió hiciera bailar á las monas.

El muchacho accedió de muy buena gana; pero se limitó á estimular á las bailadoras con alguna palabra, sin acompañarles con su canto.

—Por que no cantas, hijo mio? preguntó el Obispo.

—Ah! Monseñor, no sabría..., y sus ojos se arrasaron de lágrimas. Había tal tristeza en el acento con que pronunció estas palabras, que el buen Obispo quedó conmovido. Preguntó á Pedro con bondad, y éste, más satisfecho por encontrar un corazón tan compasivo, no se hizo de rogar y contó con sencillez toda su historia y la muerte de su pobre hermano. Cuando acabó su relación, el Obispo encantado de su inocencia y de la sencilla piedad del saboyano, le dijo:

—Hijo mio, me alegraría poderte hacer algún bien. Háblame con franqueza, qué desearías?

El pequeño Pedro vaciló un momento:

—Monseñor, dijo por fin, no querriáis comprarme nna de mis monas? Dos cajas es mucha carga, y dos animales cuestan mucho de mantener.

—Pues bien! con mucho gusto, pequeño; me gustan mucho esos animalejos. ¿Cuál quieres que me quede?

—Tomad la mía, Monseñor; yo me guardaré la de mi hermano, y así tendré un recuerdo. ¡La abrazó tantas veces antes de morir!

El Prelado tomó la mona, la pagó generosamente, y el muchacho se retiró lleno de agradecimiento.

Pasó el verano, vino el otoño, después el invierno; la nieve cubrió muy pronto las calles tortuosas, los puntiagudos tejados de las iglesias; y las viejas ruinas de la antigua ciudad romana de Tréveris.

Un día el Obispo, de pie delante de una de las ventanas de su palacio, admiraba el magnífico paisaje de invierno que se deslacaba ante su vista, en tanto que meditaba las palabras del Salmista: *Benedicite, glacies et nives, Domino*: cuando de pronto reconoció... á su pequeño saboyano que, soplándose las puntas de los dedos para calentarlos, rondaba á los alrededores del palacio, como si hubiera querido penetrar. El buen Obispo dió orden para

hacerlo entrar enseguida, le instó para que se sentara, y hablóle así:

—Y bien!, chiquito cómo te va? qué noticias tienes que darme?

—Ay Monseñor! muy malas!

—Cómo es eso?

—Mi pobre mona ha perecido. Me figuro que no pudo consolarse de la muerte de mi hermano. Estuvo desde entonces abatida y triste; á pesar de mis cuidados no quería comer, y una mañana me la encontré yerta en su caja... Y la vuestra, Monseñor, vive todavía?

—Ya lo creo, hijo mio, y está muy buena.

Pedro se sonrojó; en su actitud encogida y la manera de dar vueltas á su gorra, se conocía que tenía alguna cosa grave que decir y algo difícil que pedir; al fin reconcentrando todo su valor:

—Monseñor, dijo, Monseñor..., habia venido á ver si... que-rríais volver á venderme... mi mona...

Y, al decir ésto, el pequeño saboyano adelantaba timidamente su mano hacia la mesa para depositar el precio del animal.

—Guarda tu dinero, pequeño, dijo riendo el Obispo, y tendrás también tu mona; pero hagamos un contrato: la mitad de lo que te haga ganar será para mí. Aceptas?

Pedro miraba al Obispo sin comprender si quería burlarse ó hablaba en serio. Al fin, extendió su pequeña mano sobre la que le adelantaba el Prelado, diciendo con gravedad.

—Aceptado, Monseñor!

—Te espero el día de San Silvestre para arreglar nuestras cuentas, añadió el Obispo riendo.

Un cuarto de hora después, el pequeño saboyano dejaba el palacio, reanimado, alegre y con el corazón que le saltaba de gozo á la par que de agradecimiento.

En todo el año se oyó hablar más de él; vino el día de San Silvestre y el saboyano no pareció: y se pasó otro año.

—Habrá muerto, pensó el Obispo, ó quizás abandonado el buen camino! Tres, cuatro, cinco y hasta seis años se pasaron lo mismo; y el Prelado habia olvidado la promesa del saboyano.

La última tarde del sexto año, vinieron á nunciarle que un joven deseaba hablarle. Hizo que pasara, y entró uno bien vestido y de modales sencillos, que le dijo, después de saludarlo respetuosamente.

—Os acordais aún, Monseñor, de un pobre saboyano al que disteis una mona, pero á condición de estar por mitad á las ganancias?

—Ah, sí! bien me acuerdo; pero ha cumplido muy mal su palabra. ¿Teneis de él noticias?

—Sí, Monseñor, y os ruego que no os apresureis á juzgarle tan pronto desfavorablemente. Algún tiempo después de haberos dejado, se dirigió hacia el Rhin, recorrió toda Alemania, y

finalmente se marchó á París. No olvidaba por eso ni vuestra bondad, Monseñor, ni la palabra que tenía empeñada; pero, París está tan lejos, y San Silvestre cae tan en medio del invierno, que le fué imposible acudir á la ciñá. Al cabo de algunos meses murió su mona; pero Dios no abandonó al pequeño Pedro. Le hizo encontrar á un compatriota honrado, animoso y con algún dinero; juntos emprendieron un honrado comercio, que prosperó más de lo que se habían figurado. Sin embargo, el recuerdo de su deuda no satisfecha pesaba sobre su conciencia; realizó la mitad de su capital, y vedlo aquí á vuestros pies, Monseñor, que viene á entregaros vuestra parte, y á daros gracias desde lo íntimo de su corazón.

Estas palabras llenaron de admiración al buen Obispo, al mismo tiempo que recibía un gran consuelo al ver de nuevo á su protegido. Hizo observar á Pedro, sonriendo, que él no podía aceptar aquello, porque no era dinero adquirido con la mona; y que además no le había dicho lo del contrato, de formalidad, sinó únicamente como consejo para inclinarle á la economía.

--Guarda, pues, tu dinero, hijo mio, y que Dios continúe dispensándote sus beneficios.

Pero todas sus instancias fueron inútiles para vencer la resistencia del generoso saboyano: no consistió en recoger el dinero. Lo distribuyó entre los pobres, y así pudo solventarse la deuda de Pedro el saboyano.

CARTA ENTRE ABIERTA Y CERRADA

D. Alejandro Tornero.

Presente.

Muy señor mío:

No crea V. que me río esta vez, de su salero, aunque siempre confesé que al punto su humor conquista. En la última Revista leí sus versos de usted.

Perdone mis malos modos; ¡protesto de su capricho! y aunque nadie me lo ha dicho contesto en nombre de todos.

¿Por qué explicable razón, para qué fines arteros expone á sus compañeros

en traje de figurón?

No somos, querido, amantes de procederes tan anchos; ¿Cree V. que somos ganchos para coger aspirantes?

Contra el sistema que gasta sé otro mejor, (no se asombre) para... *pescar* solo el nombre de nuestra Academia basta.

¿Para qué escribir así el primer nombre que sale? Nuestra Calasancia vale *de sí, por sí y ante sí*.

¿A qué tan burdo papel? ¿No fuera plan mas certero presentar á un compañero

sin citar este ni aquél?
 Esta vez se equivocó:
 ya vé usted, es una desgracia...
 menos mal si en esta gracia
 no fuera un gracioso yo.
 Con tal motivo mi amor
 propio, se halla resentido.
 No me hubiera yo metido,
 sin ser eso, á Redentor.

Sé bien que no me hará caso;
 le conozco bien ó mal;
 pero si el hado fatal
 le inspira á usted otro mal paso,
 no el nombre de un compañero,
 el de cien, estampe aquí,
 mas en lo tocante á mí
 ¡no quiero, vaya, no quiero!
 ALFREDO ELÍAS.

POSTDATA

(No publique esta *postdata*
 que me va á comprometer;
 amigo, ¿voy á obtener
 su absolución por mi *lata*?
 ¡¡Como le demostraré
 lo que estoy agradecido,
 por lo mucho que ha corrido
 mi nombre, gracias á usted!!)

REALIDAD

Débil para luchar, pero arrogante,
 Con la inquietud del mal en el semblante,
 Camina el hombre á su ignorado fin:
 Sueña con el futuro, en él se ufana
 Y no adivina si la luz mañana
 Vendrá su frente ó su sepulcro á herir.
 Mirando en torno con afán profundo
 En cuando abarca la extensión del mundo,
 Vemos todo cambiar y decrecer;
 Y penetrando en nuestro propio seno,
 Vemos el corazón cual nido lleno
 De palomas y sierpes á la vez:
 ¡Fárrago de tristeza y alegría,
 Abismo de valor y cobardía,
 Frágua de la verdad y del error!
 ¡Lecho donde reposan como hermanos,
 Castos ensueños, ímpetus livianos
 Y el odio mismo al lado del perdón!
 Huyó con la inocencia el dulce estado

En que el hombre miraba reflejado
Sobre todos los séres su candor;
Y en el curso infelíz de la existencia,
Principia á anochecer en la conciencia
A tiempo que amanece en la razón.

Esperanzas, recuerdos, desengaños
En la veloz corriente de los años
Cambian y se suceden sin cesar;
Tenemos como tiene el navegante,
Borrascas y tinieblas adelante,
Tinieblas y borrascas hacia atrás.

En sucesión de noches y de días
Pasan nuestros dolores y alegrías,
Dejándonos sus huellas en la sien;
Y en tanto que los árboles florecen,
De la escena del mundo desaparecen
Almas sin espigar ni florecer...

..... Se van los que nos aman! y abatidos,
Con los ojos de lágrimas henchidos
Les decimos adiós al espirar;
Y los sitios que ayer vimos colmados
De séres tan amantes, tan amados,
Quedan llenos de muerte y soledad.

¿Quién, solitario, insomne, arrepentido,
En noche acusadora no ha sentido,
Quizá en la flor de la existencia aún,
Que se le ensancha el corazón estrecho,
Pensando en ese misterioso lecho
Que se extiende á la sombra de una cruz?

.....
Sin la fe que consuela al aflijido
¿Qué fuera el hombre? Un átomo perdido
Del tiempo y los espacios al través;
Ciego corcel, á escape y sin jinete,
Ola amarga, del ábrego juguete,
Sombra que pasa para no volver...

II.

Vamos..... hijo de mi vida
que no vacilen tus plantas,
sufre alegre los disgustos
de vivir en tierra extraña,

mirando siempre adelante
sigue con afán tu marcha,
que es muy corto ya el destierro
porque veo en lontananza
el cielo puro que un día
vimos desde nuestra casa.
Hijo mío; no te causes.....
el infeliz que se cansa
ó no llega ó llega tarde,
á su tierra deseada.
Vamos, vamos, no te asusten
hijo, cubiertas montañas,
ni dilatados desiertos.
Ten fuerzas, ten valor..... anda.
Tras este destierro triste,
que tanto dolor nos causa,
hallaremos el descanso
porque..... allí está nuestra Patria.

III

Alma mía, ¿desfalleces?
¿Quién el valor te arrebató?
Cruza, cruza este destierro
con la más dulce esperanza.
Los desiertos no te asusten,
no te asusten las montañas,
sufre alegre privaciones,
sinsabores y desgracias,
y aunque te tengan por loca,
porque desembarazada
cruzas por entre malezas
y por entre espinas andas,
no hagas caso, que los hombres
siempre al cuerdo, loco llaman.
Vamos, vamos, alma mía,
pues aliento no te falta,
sigue alegre tu camino
por este valle de lágrimas
que tras él..... se encuentra el cielo
y ¡el cielo, oh alma, es tu patria!



REVISTA DE LA QUINCENA

El entusiasmo de los peregrinos obreros que han regresado de Roma, excede á toda ponderación: para comprenderlo, preciso es hablar con ellos. Grande era la ilusión con que se encaminaban á la Capital del Catolicismo; pero lo que allí han visto, lo que allí han sentido, ha excedido todas sus esperanzas. Y de las hondas impresiones que de Roma han traído, la que más profundamente les afecta y les enardece es la producida por la presencia y la palabra del Papa. Lloran todavía de emoción y de ternura siempre que hablan de aquel Venerable Anciano que tan cariñosamente departió con ellos, y en cuya Persona se reflejaban los más gloriosos prestigios, los más sublimes ideales y las más consoladoras esperanzas. Ninguno de ellos veía en León XIII un simple mortal encumbrado á la dignidad más alta de la tierra; todos veneraban en El al Vicario de Jesucristo, al Lugarteniente de Dios, al Director universal de las conciencias, al Moderador supremo de las naciones, al Arbitro de los destinos del mundo, al Guía seguro y Maestro infalible de los pueblos. Por esto ha llamado tanto la atención de propios y extraños la peregrinación obrera española, manifestación grandiosa de fe ardiente y de fervor religioso que no ha tenido igual en los siglos cristianos, expansión sublime de la adhesión firmísima del pueblo español á la Santa Sede. Si ha sido la más numerosa de las peregrinaciones realizadas desde 1870, ha sido también la más entusiasta, la que ha argüido más acendrado sentimiento cristiano, la que mejor ha traducido la piedad filial y la adhesión omnimoda de los católicos al Sucesor de San Pedro. Comprendemos que León XIII diga y repita que esa peregrinación ha sido el mayor de los consuetos que los católicos le han proporcionado desde que la tiara pontificia ciñe sus augustas sienes, y que como manifestación católica ha resultado verdaderamente incomparable.

Incalculables serán los benéficos resultados de la peregrinación, que ha logrado enardecer el sentimiento religioso de los españoles, hoy más que nunca orgullosos de su tradicional catolicismo. Por manera maravillosa se ha puesto de manifiesto que nuestro pueblo continúa adherido á las creencias católicas, que tan grande hicieron á España en siglos anteriores, y en las cuales se halla todo el germen de nuestra venidera grandeza. Atento León XIII á desarrollar ese germen fecundo, se ha dignado trazar á los católicos españoles el camino único que puede llevarles á la reconquista de su perdida grandeza, á la restauración de su poderio histórico. Les ha amonestado, á este efecto, á que no den tanta importancia á los planes políticos, á que re-

leguen á lugar secundario los intereses de partido, á que se pongan de acuerdo para la acción católica, á que reconozcan, para llevarla á buen término, por jefes únicos á los Sres. Obispos, á que se coloquen dentro de la legalidad establecida y busquen las reivindicaciones católicas, guiados por los propios Pastores, al amparo y bajo respetuosa sumisión á los poderes constituidos. Los que escucharon estas saludables enseñanzas de labios del sapientísimo Pontífice, las aplaudieron con frenético entusiasmo y jararon sobre su corazón atenerse á ellas en lo sucesivo.

Desgraciadamente los órganos que tienen en la prensa las diversas agrupaciones católicas, han interpretado de muy diversas maneras las palabras pacíficas y pacificadoras de León XIII, y de nuevo la hidra de la discordia ha levantado su cabeza coronada de serpientes venenosas. No hay sino leer el *Siglo Futuro* el *Correo Español*, el *Movimiento Católico* y la *Unión Católica* para quedarse profundamente apenado ante las irreductibles diferencias que dividen á los católicos españoles. Hay que hacer justicia á la moderación y templanza con que discuten el alcance de las enseñanzas pontificias el *Movimiento Católico* y la *Unión Católica*; pero no hay palabras bastante significativas para reprobar la actitud y la falta de consideración y de caridad con que esos dos Periódicos son tratados por el *Siglo Futuro* y por el *Correo Español*. No podemos comprender que ese lenguaje provocativo y mordaz de los Diarios integrista y carlista, sea inspirado por el espíritu evangélico, que es todo amor, todo humildad, todo mansedumbre. Aún cuando no tuviéramos formada nuestra convicción acerca del criterio á que se alienen el *Siglo Futuro* y el *Correo Español*, nos bastaría leer la manera acre y procaz con que responden á las observaciones de los otros Periódicos católicos, para que sospecháramos de la bondad de la causa tan rencorosamente defendida. Sienten verdadera aversión hacia los Periodistas católicos que no piensan como ellos, y los insultan y los apabullan y los maltratan; y eso no es ni ha sido nunca cristiano, ni cosa que lo parezca. Una causa tan anticristianamente defendida, no puede triunfar, porque sus propios abogados la desacreditan.

Afortunadamente el prestigio de León XIII es inmenso, y las argucias de algunos abcecados no impedirán que logre imponer su criterio á los católicos españoles. Mayormente que es de esperar, que los Señores Obispos españoles que tuvieron la dicha de acompañar á los peregrinos obreros, y que han explorado el pensamiento del Romano Pontífice, darán á luz, como suelen hacerlo, Pastorales aclaratorias que marquen el rumbo seguro que los fieles deben seguir para llegar al puerto de la verdad. Esas pastorales reflejarán con claridad el pensamiento de León XIII, y con seguridad triunfarán de las resistencias que hoy opone al magisterio pontificio el espíritu de partido, con no poco

detrimento de los fieles sencillos é indoctos, quienes reconocerán por guías y maestros en estas materias no á los jefes de los partidos, ni á los periodistas, sino á los Obispos en comunión con la Santa Sede.

*
* *
*

Gravísimo escándalo ha producido la conducta del Gobernador civil de Alicante, suponiendo existencia legal y condiciones de beligerancia á las logias masónicas de España. La *Correspondencia Alicantina*, dió la noticia de que el Gobernador civil ofició á los Presidentes de varias Asociaciones, y entre ellos á los de las *Sociedades masónicas Constante Alona, Esperanza y Numancia*, interesando el dictamen é informe de cada uno de estos centros y sociedades, acerca de los medios más á propósito para el mejoramiento, dentro de los límites de lo posible, de la penosa y difícil situación, que por diversidad de causas, vienen atravesando las clases trabajadoras. Ese liberal Gobernador, al conceder oficialmente á las logias masónicas *Constante Alona, Esperanza y Numancia* iguales derechos é igual representación que á las asociaciones legales, ha faltado abiertamente á la Constitución del Estado, se ha burlado del Código Civil, y ha despreciado la autoridad del Papa León XIII, que ha repetido las condenaciones formuladas por sus Predecesores, contra las sectas secretas, contrarias á la Religión, á la moral y á la justicia. Ahora podrian manifestar los Diputados y los diarios de las diversas agrupaciones católicas, que están en ánimo de realizar los consejos del Pontífice Romano, emprendiendo unidos y compactos, como si formaran un solo partido, una campaña enérgica contra ese Gobernador, obligando al Gobierno á reparar el escándalo que ha dado á la España católica.

*
* *
*

Mientras el Congreso médico internacional deliberaba en Roma acerca de los medios más adecuados para impedir la entrada en Europa del cólera morbo-asiático, este huesped mortífero hacía su aparición en Portugal y en Galitzia, burlando las previsiones de los representantes de la ciencia médica. No se sabe por donde el cólera ha llegado hasta Portugal y las Azores, aunque se sospecha que ha sido por el Africa septentrional; pero afortunadamente presenta éste un carácter tan benigno, que evidentemente es un cólera muy degenerado. No así el de Galitzia, que es tan mortífero como cólera alguno lo haya sido. El origen de éste es conocido. Es una importación de la Meca. La última peregrinación musulmana al sepulcro del falso Profeta fué extraordinariamente concurrida, pues se reunieron en la histórica ciudad de Arabia 300,000 peregrinos, la mayor parte procedentes de las regiones del Asia. Aquí contrajeron el virus colérico algunos fanáticos de las costas del Mediterráneo y del Mar Negro, y ellos lo han propagado por la Galitzia. Como el virgula colérico á que

nos referimos ha sido directamente traído de la cuenca del Ganges, posee una vivacidad extraordinaria, y es muy posible que derrame sobre la Europa la consternación y la muerte.

* * *

Apesar de la proximidad de la Grecia á las regiones donde ha hecho su aparición el cólera morbo-asiático, aquel hermoso y poético país se preocupa hoy muy poco del peligro de ser visitado por la epidemia, á causa de las catástrofes que en él han producido y van produciendo los espantosos terremotos que con frecuencia lo sacuden. La Eubea, la Lócrida, la Beocia, una parte de la Tesalia, la misma Atenas, han experimentado convulsiones enérgicas que han derruido poblaciones enteras, sepultando bajo sus escombros á parte de sus habitantes. El famoso Partenón ha sufrido los efectos del terremoto, como así bien el encantador claustro bizantino de Dafnis que se halla cerca de Eleusis. Los griegos están verdaderamente consternados, y no son pocas las familias que han emigrado temerosas de quedar sepultadas entre las ruinas de sus hogares. Desgraciadamente, nada puede la ciencia humana contra esas irresistibles fuerzas que hacen palpitar la corteza terrestre. Unicamente queda al hombre el recurso de acudir contrito y humillado á la Misericordia infinita de Dios, á cuya omnipotencia obedecen ciegas y prontas las energías todas del Universo.

* * *

La Cámara de los Comunes ha adoptado, por 281 votos contra 194, el proyecto de ley que fija en ocho horas la jornada del trabajo en las minas. Esa votación ha sido muy diversamente juzgada. En general los mineros del Norte se declararon contra ese proyecto de ley, temiendo la competencia de Bélgica y de Alemania, donde la jornada es más larga y más reducidos los salarios. Pero la mayoría de los mineros se han pronunciado por la jornada de ocho horas. Pero es la verdad que á ese proyecto se oponen objeciones muy atendibles. Los propietarios de minas manifiestan que la reducción de dos horas de jornal, envuelve una correspondiente reducción de salario, y además una disminución de la producción que estimar en un 24 ó 25 p. %. Y como por otra parte, el número de operarios interesados por varios conceptos en el trabajo de las minas, asciende á 683,000 próximamente, y el capital comprometido se eleva á 260.000.000 de libras esterlinas, justo es que antes de la aprobación definitiva de ese proyecto de ley, piense el Gobierno inglés en la oportunidad de establecer una legislación protectora obrera internacional, según la recomendación de León XIII á Mr. Descurtins, el gran promotor de la reforma, agitador genial, que une á una voluntad persistente, la prudencia, el tacto y el sentido de la oportunidad.

E. LL.